

antesydespuésdelHubble

*Pan de tribulaciones: Ars poetica*  
de Raúl Renán

José Francisco Conde Ortega

**E** EN 1989, EN EL VOLUMEN QUE RECOGE TODA LA OBRA POÉTICA de Jorge Luis Borges, publicado por Emecé Editores de Buenos Aires, se leen algunas líneas de rigurosa autocrítica, persuasivo conocimiento de ciertos secretos del poema y principios ineludibles de la ardua construcción de un *Ars poetica*. El autor de *Ficciones* recuerda a Berkeley, establece una analogía y se reconoce en cada uno de los distintos momentos de su creación... Es distancia y madurez. Acaso otra *Guía de descarriados*.

“El sabor de la manzana está en el contacto de la fruta con el paladar, no en la fruta misma”, cita Borges al filósofo irlandés. Y utiliza este argumento aplicado a la realidad por éste, para entender una estética. De ahí la analogía: “La poesía está en el comercio del poema con el lector, no en la serie de símbolos que registran las páginas de un libro.” Y sabe, desde luego, que no es una novedad, pero sí una afirmación de principios. Y como “la literatura impone su magia por artificios”, éstos conllevan su caducidad o permanencia, de acuerdo con tres supuestos inquebrantables. sinceridad, convicción y originalidad.

En 1984, la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, en el número 49 de su Colección Laberinto, publica *Pan de tribulaciones*, de Raúl Renán, breve poemario de ajustada arquitectura que, en su afanosa construcción y lúcida complejidad, suscribe y valida la argumentación del autor de *Fervor de Buenos Aires*. Sobre todo a partir de un hecho en apariencia trivial. Si Borges declara que alguna vez creyó, “como todo joven poeta”, que el verso libre es más fácil que el verso regular, Renán desconfía desde el principio. Parece afirmar, como Gorostiza: “Del verso libre, Dios me libre.” Aunque, desde luego, sabe con el argentino que el llamado verso libre es más arduo. Y que si éste lo encuentra en la “íntima convicción” de ciertas páginas de Carl Sandburg o de Whitman; aquél, a partir de la paciente lectura de los primeros poetas de nuestra lengua para mejor comprender las posibilidades rítmicas del español.

Renán ya había publicado *Lámparas oscuras* (1976), *Catulinarias y sáficas* (1981), *De las queridas cosas* (1982) y *Gramática fantástica* (1983). Después seguirá una copiosa serie de títulos en narrativa, ensayo y poesía. Y ya en sus obras primeras se advierte esa preocupación formal que lo llevará a indagar en las posibilidades del verso. Pero es en *Pan de tribulaciones* donde vuelve explícita una posición estética

que llevará hasta sus últimas consecuencias. En talleres, aventuras editoriales y su obra personal, un concepto lo distingue y lo señala: poesía experimental. Sólo que sin saltos en el vacío, sino a partir de una clara concepción de originalidad. Y no es ésta una invención arbitraria; antes bien, es lo que surge del origen y se convierte, con base en la certidumbre del oficio, en algo personal e intransferible.

Si *Lámparas oscuras* es encuentro con el haikai, y la *Gramática fantástica* la búsqueda de otra posibilidad en los esquemas de la lengua, *Pan de tribulaciones* significa un alto en el camino para fijar una posición, un *Ars poetica* plena de certidumbre y dominio del oficio. Así, el poeta fija su mapa de navegación y, siempre fiel a sí mismo, seguirá dibujando con fino y exigente trazo los sitios aparentemente inaccesibles del poema. Alerta ante toda contingencia, tiene como resguardo la paciente lectura de los otros viajeros que lo han precedido en la aventura. De este modo, el sustantivo “tribulación” es, al mismo tiempo, congoja y problema por resolver. La mejor manera de permanecer siempre vigilante.

Así, *Pan de tribulaciones* es ardua arquitectura y laborioso desarrollo. Fondo es forma, parece ratificar Raúl Renán. Sólo de este modo era posible configurar uno de los poemarios centrales de nuestra historia literaria en el último cuarto de la pasada centuria. En estrecha correspondencia, la construcción del conjunto y el entramado verbal permiten seguir esa congoja de sentirse inerme ante la hoja en blanco y el problema que significa dotarla con la tinta que, en el muchas veces áspero contacto con aquélla, va adquiriendo sentido y razón de ser.

*Pan de tribulaciones* está dividido en tres partes. La primera es un solo poema en versos alejandrinos, “Al poeta guerrero”, que funciona como prólogo, advertencia y fijación de principios. La segunda consta de treinta poemas; o, si se quiere, de quince, cada uno enfrentado con su correspondiente. Un poema en prosa señalado con un número arábigo frente a un soneto endecasílabo, sin división estrófica convencional, señalado por un número romano. La tercera es un “Epílogo para

cinco voces”. Son cinco sonetos, otra vez sin la división estrófica convencional, que le dan voz al poema que empieza a soñar, a la hoja en blanco, a la pluma, al poeta y al lector. Además, el de la voz del poeta tiene, después de los catorce versos, un díptico, también endecasílabo, a manera de estribillo.

Esta rigurosa arquitectura le permite al poeta transitar, cuidadosamente, por esas tribulaciones del poeta para construirse. Recorre un camino y le permite al lector que lo siga. Al final le dará la voz. Entre tanto, le permite leer con él su ruta de escollos y contratiempos; pero también de certezas gozosas. Parece decirle que un *Ars poetica* se reconoce en tres principios fundamentales: el reencuentro del poeta con su propia lengua, para reconocerse y salir fortalecido; el conocimiento de ciertos hitos de la historia literaria para afirmar convicciones, y, con todo esto, la adquisición de la propia voz, personalísima e intransferible para, ahora sí, descifrar sin mayores agobios el secreto del poema en el trance de convertirse en poesía.

Por eso el primer poema del conjunto es una declaración de principios. Algunas palabras, como “poeta”, “guerrero”, “virtud”, “espada”, “papel en blanco” y “tinta” constituyen los hitos de la primera bitácora del que navega. Y los nombres de Jorge Manrique y del Marqués de Santillana son esclarecedores. Son los poetas que forjaron nuestra lengua. Y supieron hacer la guerra, con la pluma y con la espada. Y conocieron el infortunio. Después, cada poema en prosa va decantando escenas, momentos de la vida y detalles de la creación de los forjadores del idioma. Y a cada poema en prosa, su correspondiente en verso acomete el mismo asunto, pero llevado al momento de escribir. Y si escribe en prosa: “No se sabía si afilaba la pluma o bañaba la punta de la pluma con el púrpura fluido de la vida”, su correspondiente en verso comienza: “¿Dónde la letra es más cruel que la herida/ en flor? ¿Cuál venablo llega profundo/ al sinfín de la duda?”

Si Dámaso Alonso descubrió que el primer texto escrito en español era una oración, es claro que, rápidamente, Dios y la espada tuvieron que convivir; y con

ello se fraguó el enriquecimiento de la lengua. Por eso, en el poema 4, Raúl Renán, con los ya mencionados, recuerda a Diego Hurtado de Mendoza, al Arcipreste de Hita y a Juan de Mena. Serranillas y “buenos amores”, cárceles de amor y laberintos de fortuna siguen forjando el idioma. Por eso Renán invoca cierto ritmo y giros léxicos, además de citas textuales, que van guiando la lectura. Por eso, en el cuarto endecasílabo, se pregunta: “¿A qué esponja se atiene la memoria/ si ésta cambia de sed frente a la espuma?”

Más adelante, conforme avanza el poemario, otros poetas de la historia literaria de occidente van siendo aludidos. Y los endecasílabos van tejiendo fino a propósito de las tribulaciones con la hoja en blanco. Y todos con un destino compartido: el combate. Consigo mismos, con la asfixiante realidad y con los obstáculos de la creación. Villon, Baudelaire, Verlaine... son historias secretas y momentos altos de creación. Y Raúl Renán sigue indagando en el poema. Dice en el poema VIII: “¿Dónde el canto regresa a su registro?”

Finalmente, los poemas en prosa llegan a una acuciante actualidad. El registro léxico del poeta se ha ensanchado. Ha buscado en las posibilidades del idioma, en la historia de la poesía y en los secretos del poema. El poema XIV lo resume:

Pinta las asonantes de sus versos  
agrios y sudorosos, inconformes,  
y a flor de pluma brotan las mentadas.

Por eso, los seis primeros versos del poema XVI estallan en un arrebato de indignación:

Dibuja el primer verso. Pocamadre.  
Maldice a los corruptos, exquisitos  
puñales de hojalata, la tramera  
costumbre de asaltar a la poesía,  
despojarla de sí (como del hombre)  
para después mudársela a su talla.

¿Trabajo inútil tanta arquitectura y tanta tribulación? Siempre habrá falsarios e improvisados. Tal vez por eso, la voz del lector se queja, al final del libro:

Santo y miedo, amorosos de lo blanco,  
entro a tocar sus ayes, y otro escucho  
desde mi interior: Sueño imaginario.

Y otra vez la pregunta. ¿Fue todo en vano? Desde luego que no. El desencanto puede ser otra forma de volver a empezar. Es la serpiente que se muerde la cola. La duda es el único camino menos azaroso. Raúl Renán ha cumplido su objetivo. Si Gonzalo de Berceo escribió en “román paladino” y el español tomó carta de naturalización y dignidad literaria en la Edad Media. Renán, con otros poetas de su estirpe, ha enriquecido la lengua heredada. Los *hai-kais* de su primer libro son la exploración de las posibilidades rítmicas del idioma; en *Catulinarias* y *sáficas* aparece “Nalguimancia”, quien señala, más que un neologismo ingenioso, un juego del idioma que borra fronteras y aumenta el placer de la inteligencia. Hace pensar que esa moza de calipigia carnadura, además de provocar, es capaz del arte de la adivinación por medio de su “grupa bisiesta”, como llamaría a esa parte anatómica Ramón López Velarde.

*Pan de tribulaciones* es un *Ars poetica* y un espejo fiel del poeta. La manzana de Berkeley en espera del contacto con el paladar. Después, en los neosonetos sabremos que el ruido puede rimar; y también la consonancia puede ser colocada del lado izquierdo del poema. Y en *A/salto de río. Agonía del salmón* asistiremos a otra posibilidad de lectura. Sí, Gonzalo de Berceo, por “hablarle” a su vecino como todo el pueblo habla, quería como premio un “vaso de bon vino”; los lectores de Raúl Renán podemos decir, usando las propias palabras del poeta en *Los silencios de Homero*: “Eh, Rauliteo, domador de palabras, ven, bebe conmigo”. 